

colección **notraslatitudes**

La ascendencia **Alexandre Postel**

Traducción de
Delfín N. Gómez

Nørdicalibros
2016

Título original: *L'ascendant*

© Éditions Gallimard 2015

© De la traducción: Delfín N. Gómez

© De esta edición: Nórdica Libros, S.L.

Avenida de la Aviación 24, bajo P - CP: 28054 Madrid

Tlf: (+34) 917 055 057 - info@nordicalibros.com

www.nordicalibros.com

Primera edición en Nórdica Libros: marzo de 2016

ISBN: 978-84-16440-65-8

Depósito Legal: M-6827-2016

IBIC: FA

Impreso en España / *Printed in Spain*

Gráficas Cofás

Móstoles (Madrid)

Diseño de colección: Filo Estudio

Maquetación: Diego Moreno

Corrección ortotipográfica: Victoria Parra y Ana Patrón

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

Jueves, 30 de abril

La gente metódica como usted siempre necesita un comienzo. «Empecemos por el principio, reconstruya los pasos que le han conducido (y ha dudado, no sé si por delicadeza, antes de concluir la frase) hasta aquí». La cuestión es que, cada vez que pienso en el comienzo, me viene un día diferente a la cabeza: cuando decidí marcharme de casa de mi padre, cuando conocí a Marion, cuando no dije algo que debería haber dicho. Pero ¿qué día es ese? ¿Qué debería haber dicho? Hoy me acuerdo del pasado 30 de abril.

Era jueves y estaba trabajando; con los brazos cruzados, esperaba sentado en mi taburete elevado a que algún cliente abriese la puerta de PHONE SWEET PHONE. Franck me hablaba de sus planes para el puente de mayo. Tenía pensado ir con su mujer y sus hijos al campo, a casa de sus padres; estaba deseando ver a su padre, a su madre, a sus hermanos, a sus hermanas, a sus sobrinos, a sus sobrinas, y salivaba solo de pensar en la blanqueta de ternera que cocinaría su

madre, mientras el resto de la familia iba al bosque para recoger muguete.

Me preguntó si yo tenía algo pensado. Me hacía una idea bastante precisa de lo que me esperaba: televisión, cerveza, videojuegos y, sobre un sofá cama que ni nos molestaríamos en abrir, Marion. Como no había ninguna necesidad de entrar en detalles con mi superior, me limité a poner cara de indiferencia. Franck sonrió: se acordó de que yo no era «demasiado familiar». A mi edad, él tampoco lo era; aseguraba que eso venía con el tiempo, que acababa llegando tarde o temprano. Comencé a balancearme en el taburete y cambiamos de tema.

Mi teléfono sonó poco antes del mediodía y tuve que salir para atender la llamada, porque dentro se entrecortaba la voz. Una tienda de teléfonos móviles que no tiene buena cobertura: como puede imaginar, era una broma recurrente entre Franck y yo. Así que fue en la acera del bulevar donde me enteré de la noticia.

Después de presentarse, el médico me dijo que mi «papá» había pedido cita en el banco. Perdió el conocimiento. Lo llevaron al hospital y allí falleció una hora más tarde, a las once y veinte. El escáner reveló una hemorragia cerebral provocada por la ruptura de un aneurisma.

El cuerpo descansaba en el mortuorio del hospital. Tenía que enseñar un documento de identidad para recoger el certificado de defunción y las cosas de mi padre. Antes de despedirse, el médico me dijo que

era yo quien debía comunicárselo al resto de la familia, y me deseó mucho ánimo. Le dije que yo era el único miembro. Entonces me volvió a desear mucho ánimo, pero esta vez en otro tono, como si pronunciase palabras completamente diferentes. Antes de colgar, le di las gracias por todo; creo que fui demasiado efusivo: no era precisamente un favor lo que me estaba haciendo.

En el bulevar, los castaños de Indias estaban en flor; como había llovido aquella misma mañana, el suelo estaba lleno de pétalos, formando manchas blancas y rosas que se mezclaban en el asfalto con colillas aplastadas. Cada vez que pienso en la muerte de mi padre, la primera imagen que me viene a la cabeza, la más nítida, la más íntima, no es la de la cara que pude ver más tarde en el mortuorio del hospital, sino la de aquellas flores de castaño, esponjosas, pálidas, deslucidas, con el estambre curvado como largas pestañas de mujer. No sé cuánto tiempo estuve en el bulevar. De vuelta a la tienda, un repartidor que conducía su moto por la acera tuvo que pitarme para que me apartara de su camino.

Le comuniqué la noticia a Franck. Me puso la mano en el hombro, balbuciendo que no sabía qué decir. Luego me preguntó si mi padre había estado enfermo. Le respondí que, hasta donde yo sabía, no había tenido problemas de salud. Franck se vino abajo. Para evitar que se echase a llorar, le pregunté por los días que me correspondían por fallecimiento.

Entre los dos días que me dio y los tres del puente, tenía libre hasta el miércoles por la mañana.

Cogí el tren de la una y media, ese que siempre va medio vacío y se va parando en todos y cada uno de los pueblos de la prefectura. Me quedaban tres horas y media por delante. Cuando arrancó, muchos se hundieron en sus asientos, rendidos de sueño. El sopor me empezó a pesar a mí también, pero me resistía a caer. Me parecía impropio de alguien que acababa de perder a su padre.

Un ruido me hizo abrir los ojos. Se ve que me había quedado dormido sin darme cuenta. Al otro lado del pasillo, un hombre recogía el bolígrafo del suelo. Siguió trabajando: corregía exámenes. Su bolígrafo se cernía sobre las hojas y cada tanto descendía veloz, con la precisión de un ave de presa. ¿Eran dictados, test de verbos irregulares, preguntas sobre la reproducción de los helechos o sobre la polinización de los castaños? Solo sé que los corregía sin despeinarse, como quien pone una multa.

Al lado del montón de exámenes había un reloj de pulsera. De cuando en cuando, el profesor comprobaba la hora con ímpetu. No me gustaba su manera de respirar. Contundente, profundo, regular, se podría decir que su aliento cumplía con el ideal. Parecía respirar *a propósito*, concienzudamente, como un atleta. Debíamos de tener más o menos la misma edad, aunque parecía mayor que yo. Más maduro, habría corregido mi padre.

En nuestro vagón, una mujer hablaba por teléfono en voz alta, sin ningún miramiento. El profesor alzó la vista, suspiró, meneó la cabeza, buscó en mi mirada una complicidad que no encontró. «Disculpe, ¿sería tan amable de continuar su conversación en el espacio habilitado para tal efecto?», acabó por decirle. Mi padre no se habría comportado de manera muy diferente. Yo, en cambio, me habría conformado con subir el volumen de los auriculares.

Volví a cerrar los ojos. Había dedicado todas mis energías a comunicarle la noticia a Franck, a preparar la maleta, a llegar hasta la estación; sencillamente, ya no daba para más. Empecé a languidecer. Imágenes, fragmentos de conversaciones, todo discurría por mi cabeza sin que yo pudiera hacer nada, como si mi memoria hiciese aguas. Vi a mi padre rellenando el crucigrama, humedeciéndose el índice con el labio inferior para pasar la página del periódico. Lo escuchaba afirmar que el *bourgogne* es un vino para salsas, que por nada del mundo se perdería una etapa del Tour de Francia. ¿Mangos?, ¿kiwis? Esas frutas no existían cuando él era pequeño. Antes de que yo naciera, mi madre y él acampaban al aire libre. En una foto que le hicieron en el servicio militar, aparecía con las orejas de soplillo. Agitaba, como de costumbre, sus manos huesudas con rabia, como quien espanta una mosca.

El profesor soltó una carcajada. Ahora estaba concentrado en la lectura de un libro. Su escandalosa risa tenía algo de obsceno; me hizo abrir de nuevo los

ojos. Me dolía la cabeza. Desvié la mirada hacia la ventana. No se veía nada más allá del terraplén de la hondonada por la que discurría la vía férrea. Levantando la vista, apenas se llegaban a distinguir unos troncos de álamo; por la velocidad, parecían los barrotes de una prisión.

Y mientras el tren se dirigía lentamente hacia el centro del país —Nevers, Moulins-sur-Allier, Saint-Germain-des-Fossés, Vichy—, remontando primero el curso del Loira y siguiendo luego el del Allier, me acordé de la última vez que había hecho ese trayecto. El paisaje estaba cubierto de nieve; mi vagón estaba desierto. Era 25 de diciembre. Me fui mucho antes de lo previsto. Hacía dos años que no veía a mi padre y decidí pasar las Navidades junto a él. La noche que llegué, propuso ir a buscar una botella de vino al sótano, y me ofrecí a bajar. Clavó sus ojos de reptil en mí y murmuró que, gracias a Dios, todavía era perfectamente capaz de bajar escaleras. Aseguró tener mucha más autonomía que esos trastos que yo vendía. Luego, como quien no quiere la cosa, me acusó de pretender sus mejores botellas. Tras la muerte de mi madre, aquella idea le obsesionaba. Tanto era así que llevaba colgada del cuello la llave de la puerta del sótano. Preferí no tenérselo en cuenta, ya que había leído en Internet que la pérdida de un ser querido, unida a la soledad y al envejecimiento, podían provocar «trastornos de conducta» o la aparición de alguna que otra «manía».

Sin embargo, aquel no fue nuestro único encontronazo: que si el pan que había comprado estaba demasiado hecho, que si había metido en el lavavajillas platos que se tenían que lavar a mano, que si había dejado el té infusionando demasiado tiempo... Acabé teniendo la sensación de que no era bien recibido en aquella casa, así que, dos días después de mi llegada, cogí y me largué. Allí se quedó, con su pavo relleno precocinado, después de que me echase en cara que era demasiado pequeño, y es que mi padre siempre calculaba las cantidades como si aún fuésemos tres. Fue la última vez que nos vimos. Nunca volvimos a hablar.

El tren llegó con diez minutos de retraso. Todo fue pisar el andén de la estación y sentirme abrumado por la proximidad de los volcanes, al oeste. La primavera los había cubierto de una especie de terciopelo verde, como un tapete de naipes. Los volcanes que se dicen dormidos esparcen por el ambiente algo de su adormecimiento: cada vez que visitaba a mi padre, tenía la sensación de estar entrando en el castillo de la Bella Durmiente.

El hospital quedaba cerca de la estación, a unos diez minutos caminando. El dependiente de una tienda me dijo que era muy sencillo: debía torcer la primera a la izquierda y seguir por la Rue de la Libération hasta llegar a una rotonda con una estatua en honor a un militar del que no recordaba el nombre. La Rue de la Libération estaba flanqueada por pequeñas casas

de dos pisos, con sus postigos cerrados y sus fachadas grises. Algunas estaban en venta. Entre que las aceras eran estrechas y que los coches se subían en ellas para aparcar, no me sirvió de nada que mi maleta tuviera ruedas. La tuve que coger a pulso. No entiendo por qué aquello me cabreó tanto.

Ya en el hospital, una chica me condujo hasta el mortuorio. Atravesamos un patio lleno de castaños, por el que un convaleciente en pijama caminaba a duras penas del brazo de un hombre más joven. En la entrada del mortuorio, un hombre de bata blanca me pidió mi carnet de identidad. Unos minutos más tarde, apareció el médico que me había llamado por la mañana. Me agarró las manos y me aseguró que mi papá no había sufrido. Por teléfono también se refirió a «mi papá». ¿Había algo en mi voz o en mi aspecto que le movía a hablarme como a un crío? Puede que esa fuera su manera de dirigirse a todo el mundo.

Quiso acompañarme. Me informó que los servicios del hospital lo estaban maquillando. Le di de nuevo las gracias por todo, como si me estuviese haciendo un favor, y por tercera vez en el día me deseó mucho ánimo. Entramos en una pequeña sala, apenas iluminada. Allí estaba el cuerpo, tendido en la camilla.

Nunca lo había visto peinado hacia atrás; tenía la tez grisácea, los labios un poco más delgados de lo habitual; su cuerpo se perdía en una túnica celeste. Aunque me fijé en cada detalle, lo que vi con más claridad

fue, curiosamente, aquello que no saltaba a la vista, aquello que encerraban sus párpados y que ya nunca más volvería a ver: los ojos de mi padre. Sus ojos verdes, que se volvían amarillos con la luz del sol. Su firmeza, su capacidad de mirar sin caer en lo que mi padre llamaba *sensiblerías*; una mirada clara, aguda, ante la que siempre me sentí transparente.

Cuando me quise dar cuenta, el médico ya se había marchado. El hombre de bata blanca me entregó el certificado de defunción y me explicó que tenía que presentar aquel documento en el ayuntamiento. Después de mirar la hora, añadió que ya era tarde para ir y que al día siguiente no abriría por ser 1 de mayo. El sábado por la mañana, me tenía que pasar el sábado por la mañana sin falta para obtener el acta de defunción. Me dijo que la necesitaría para la organización del funeral, para la cancelación de las cuentas bancarias, de la mutua, de la jubilación... Sugirió con su ademán que me encontraría con muchas formalidades de este tipo. Le dije que había tomado nota, que me pasaría por el ayuntamiento al día siguiente por la mañana. Me agarró con dulzura del brazo, sabedor de que en estas situaciones uno tiende a olvidar cosas como aquella, para recordarme que el día siguiente era 1 de mayo y no encontraría nada abierto.

Me entregó una bolsa de plástico con la ropa de mi padre. También contenía lo que llevaba en los bolsillos: la llave de la casa a la que se mudó tras la muerte de mi madre, en la que nunca estuve más de

dos días seguidos; una cartera; un teléfono móvil; y, atada a una cinta de seda verde, otra llave. Era la llave del sótano, esa que siempre llevaba colgada del cuello. Al agarrar aquella llave que simbolizaba una existencia solitaria y desconfiada, al tener entre mis dedos la cinta, gastada por el contacto diario con la nuca, al acercármela para reconocer su olor, idéntico al que desprendía el cuello de una camisa que mi padre me regaló en su momento, una mezcla de sudor y el aroma cítrico de la colonia, al imaginar cómo introdujo la cinta por el agujero de la llave, con el ceño fruncido, concentrado, la lengua ligeramente apoyada en la comisura izquierda, de repente, me mareé: era como si el cuerpo vivo de mi padre acabase de pasar cerca de mí, como un soplo. Firmé un papel testificando que se me había hecho entrega de los «efectos» de mi padre.

Cuando llegué a la casa, me serví un vaso de agua en la cocina. Todo estaba limpio, impoluto, ordenado. Al lado del fregadero, la vajilla de la mañana en el escurreplatos: una taza, un plato, un cuchillo de mantequilla, una huevera, una cucharilla. Ni una miga en la mesa. La luz del final de la tarde entraba rasante por la ventana y permitía distinguir en el hule el rastro de la bayeta que mi padre había pasado después del desayuno. El periódico descansaba cuidadosamente doblado sobre la encimera. Me comí un plátano.

Al tirar la piel a la basura vi, cubierta de cáscaras de huevo y de posos de café, una caja de pasteles.